

**Que levanten la mano quienes crean
en la telequinesis y otros
mandamientos para corromper
la juventud**

Kurt Vonnegut

Que levanten la mano quienes crean en la telequinesis y otros mandamientos para corromper la juventud

Discursos de graduación

Kurt Vonnegut

Selección e introducción de Dan Wakefield

Traducción de Ramón de España

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

«Como su antecedente literario Mark Twain, al
cascarrabias de Kurt Vonnegut le sobra ingenio
y buen humor.»

A. O. Scott,
The New York Times Book Review

Introducción

Cuando la publicación de su novela *Matadero Cinco* le brindó un gran éxito internacional en 1969, Kurt Vonnegut se convirtió en uno de los oradores más populares en las ceremonias de graduación estadounidenses. Incluso antes de que se publicara el primero de sus muchos superventas, Vonnegut ya era un héroe secreto para los jóvenes de los sesenta ansiosos por encontrar nuevas maneras de entender el mundo y alternativas al statu quo. Los universitarios se pasaban manoseados ejemplares de novelas como *Cuna de gato* o *Las sirenas de Titán* antes incluso de que *Matadero Cinco* lo convirtiera en un autor célebre. Desde sus primeros cuentos aparecidos en semanarios de los años cincuenta (entre ellos *Colliers* y *The Saturday Evening Post*), la obra de Vonnegut atrajo a los jóvenes, y esa atracción nunca ha decaído. Sus novelas, ensayos y cuentos se estudian en universidades e institutos de toda Norteamérica. Como me dijo el profesor Shaun O'Connell, de la Universidad de Massachusetts, «cada vez cuesta más que los alumnos lean a Updike y a Bellow, pero Vonnegut les sigue gustando».

Para su propia sorpresa e incomodidad, Vonnegut fue saludado como «portavoz» de la juventud y héroe contracultural de los años sesenta aunque no fuese, irónicamente, una figura de la «contra-contracultura». Vonnegut satirizó las ingenuas promesas de armonía interior y paz mundial que pregonaba el Maharishi Mahesh Yogi en un artículo para *Es-*

quire titulado «Yes, we have no nirvanas» [sí, no tenemos nirvanas]. Mientras se ponían de moda meditaciones orientales como el zen, Vonnegut afirmaba que tenemos un estu-
pendo método occidental para desacelerar el corazón e in-
movilizar la mente: la «lectura de cuentos». A esa práctica la
llamaba «siestecilla budista». No era, sin embargo, uno de
esos adultos de la época que no hallaban nada que admirar en
la cultura juvenil. Había escrito que «la función del artista
consiste en conseguir que a la gente le guste más la vida» y
cuando alguien le preguntaba si eso había sucedido alguna
vez, respondía: «Sí, los Beatles lo lograron».

También le encantaban el blues y el jazz. A un amigo que
era crítico literario le escribió: «Durante mi juventud en In-
dianápolis, los músicos de jazz de por allí eran un estímulo y
una constante alegría».

No pensaba que las drogas produjeran tal efecto. En un
discurso de esta recopilación confiesa al auditorio: «He sido
un cobarde con la heroína, la cocaína, el LSD y demás... En
cierta ocasión me fumé un canuto de marihuana con Jerry
García, líder de los Grateful Dead, pero sólo por amabilidad.
No me pareció que me afectara de ningún modo, ni para bien
ni para mal, así que nunca la volví a probar».

Ciertamente, estas palabras no son muy propias de un hi-
ppie. Uno de los hippies más conocidos de la época, el escri-
tor Raymond Mungo, nos invitó a Vonnegut y a mí a visitar la
comuna que había creado en Brattleboro, Vermont (y sobre
la que luego escribió en sus memorias *Total loss farm*). Nos
contó que uno de los motivos por los que él y sus amigos que-
rían fundar una comuna y aprender a «vivir de la tierra» de
manera sencilla era que «queremos ser los últimos habitan-

tes del planeta». Vonnegut replicó: «¿Pero eso no es una aspiración más bien deplorable?».

Tal como hablaba y escribía, Vonnegut siempre acababa soltando frases e ideas sencillas que todo el mundo pensaba pero nadie decía, unos razonamientos que expresaban sentimientos íntimos, impugnaban prejuicios y mostraban las cosas desde otro punto de vista. Vonnegut señalaba el elefante en la habitación, era el primero en advertir que el emperador iba desnudo.

Ese mismo Raymond Mungo que en 1970 nos paseó a Vonnegut y a mí por su comuna me envió recientemente un correo, justo después de leer la recopilación de cartas de Vonnegut que yo acababa de editar. Y lo hizo para decirme que «Kurt fue y sigue siendo un escritor importante que continuará entusiasmando a los lectores cuando nosotros ya hayamos muerto». Una nueva generación de seguidores descubrió su obra en 2005 cuando apareció en *The Daily Show* con Jon Stewart para presentar su último libro, *Un hombre sin patria*, y hoy los adolescentes se siguen conmoviendo con relatos como *Harrison Bergeron*, de lectura obligada en los institutos.

Vonnegut ni se rebajaba para ser entendido por sus lectores ni trataba de abrumarlos con su sabiduría. Era tan juguetón como profundo, y con ese espíritu se dirigía a los graduados. No les hablaba como si fuesen un ganado ignorante a causa de su juventud: a Vonnegut le desagradaban los retratos generacionales. En una de esas clases dijo: «Pese a lo que algunos quieren hacernos creer, no somos miembros de distintas generaciones, tan diferentes como los esquimales de los aborígenes australianos. Estamos tan cerca unos de otros en el tiempo que deberíamos considerarnos hermanos y her-

manas [...]. Cada vez que mis hijos lamentan el estado del planeta, yo les digo: “¡A callar, que yo también soy un recién llegado! ¿Pero quién os creéis que soy? ¿Matusalén? ¿Pensáis acaso que las noticias del día me gustan más que a vosotros? Pues os equivocáis”». (Vonnegut tenía tres hijos propios y cuatro adoptivos, entre ellos Lily, prohijada con Jill Kremen-tz, su segunda esposa.)

Pese a su popularidad como orador para licenciados, la verdad es que Vonnegut nunca acabó sus estudios universitarios. Dejó Cornell para alistarse en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial, y el ejército lo envió primero a la Universidad de Butler, donde estudió Bacteriología, y luego al Carnegie Tech y a la Universidad de Tennessee como estudiante de Ingeniería Mecánica. A continuación lo destinaron a infantería y le dieron un fusil. Siendo explorador en el Regimiento de Infantería 106 durante la Batalla de las Ardenas fue capturado por los alemanes y enviado al campo de prisioneros de Dresde, donde sobrevivió al bombardeo de la ciudad refugiado en un depósito subterráneo de carne conocido como Matadero Cinco. Cuando volvió de la guerra estudió Antropología en la Universidad de Chicago gracias a las ayudas destinadas a los reclutas desmovilizados y trabajó como reportero en la agencia de noticias Chicago News Bureau. Aunque cumplió todos los requisitos del doctorado, sus ideas para la tesis fueron rechazadas y tuvo que conformarse con un empleo en el departamento de relaciones públicas de la General Electric. Años después, cuando ya era famoso, la universidad le otorgó un doctorado honorífico.

A buenas horas mangas verdes.

A Vonnegut le llegó la fama como escritor cuando tenía ya

cuarenta y siete años. Hasta entonces las pasó canutas para mantener a una familia numerosa compuesta por su mujer, sus tres hijos y los tres retoños de su hermana, que había muerto de cáncer a los cuarenta y un años un día después de que su marido falleciese cuando el tren de cercanías en el que viajaba se despeñó por un puente. Los semanarios populares de los años cincuenta, cuyos pagos por sus relatos breves permitieron a Vonnegut dejar su trabajo en la General Electric, se hundieron con la llegada de la televisión, por lo que tuvo entonces que ingeniárselas para llegar a fin de mes. No consiguió vender un nuevo tipo de pajarita a una empresa camisera, creó un juego de mesa que no tuvo ningún éxito, abrió un concesionario de Saab cuando esos coches no eran nada conocidos en Estados Unidos y, cuando el negocio se fue a pique, se marchó a Boston a trabajar en una agencia de publicidad; lo rechazaron como profesor de Literatura Inglesa en el Cape Cod Community College, consiguió un empleo en una escuela para chicos conflictivos, le negaron una Beca Guggenheim... Aun así siguió escribiendo contra viento y marea. Murió en 2007, a la edad de ochenta y cuatro años, sin haber dejado de escribir.

Vonnegut nunca estuvo dispuesto a expender fórmulas infalibles para triunfar de la noche a la mañana ni a prometer futuros deslumbrantes a los jóvenes que solicitaban su consejo.

A diferencia de casi todos los oradores universitarios, que suelen tener un discurso preparado para todas las ocasiones y se limitan a insertar el nombre de una nueva universidad, Vonnegut siempre aparecía con pensamientos recién elaborados, con nuevas ideas, nuevas historias y nuevas fuentes de ingenio y provocación para alimentar de las reflexiones. Tenía, eso sí, algunos temas muy queridos que casi siempre en-

contraba la manera de deslizar en todas sus charlas: el reconocimiento a los maestros o la importancia de percibir el valor de esos momentos fugaces y adorables de la vida cotidiana que se podrían glosar con las palabras de su tío Alex: «No me dirás que esto no es bonito, ¿eh?»». Sus mensajes a los graduados no eran un jardín de rosas. Siempre aparece en ellos la angustia ante la destrucción del planeta, el desprecio de los políticos que nos llevan a la guerra por sus propios intereses, la necesidad de amplias familias o la añoranza de los ritos que fortalecían las sociedades del pasado y cuya ausencia atormenta la nuestra.

Vonnegut dijo que «un escritor es, primero y ante todo, un maestro», y sus charlas a los universitarios siempre incluían la lección que subyace en toda su obra, una lección crudamente expresada por un personaje que aparece en una de sus primeras novelas. Lo transmitió así a quienes le pedían consejo: «Yo sólo conozco una regla: tienes que ser bueno, ¡carajo!»». Procedente de una larga tradición de librepensadores germánicos, Vonnegut no era cristiano, aunque describía a Jesús como el «más grande y mayor humanista de los seres humanos». Durante la charla que dio en una iglesia episcopal neoyorquina («Domingo de Ramos») explicó: «Me fascina el Sermón de la Montaña. Ser compasivo, creo yo, es la única buena idea que hemos tenido hasta ahora. Tal vez algún día se nos ocurra otra, momento en el que ya tendremos dos buenas ideas».

Vonnegut fue presidente honorífico de la American Humanist Association y contó lo siguiente en una de sus conferencias: «Nosotros, los humanistas, nos comportamos de la forma más honorable posible sin esperar recompensas ni castigos en la otra vida. Servimos lo mejor que sabemos a la

única abstracción con la que tenemos algún tipo de familiaridad, que es nuestra comunidad».

Vonnegut creía firmemente en el servicio comunitario, fuera éste el que fuese y donde fuese. Aunque algunas clases contarán con «un puñado de celebridades» que alcancen renombre nacional, señaló que la mayoría de los graduados acabarían «construyendo o fortaleciendo [sus] comunidades». Así lo expresó en cierta ocasión: «Amad ese destino, por favor, si resulta ser el vuestro, ya que las comunidades son lo más valioso de este mundo. El resto son chorradas. Y para vuestra despreocupada generación, esa comunidad tanto puede ser Nueva York como Washington, París o Houston... O incluso Adelaida, en Australia, o Shanghái o Kuala Lumpur».

Aunque también podía ser el pueblo o la ciudad que nos vio nacer y crecer. Tanto Vonnegut como yo nacimos y nos criamos en Indianápolis, pero nos marchamos de allí para ir a la universidad y acabar viviendo muy lejos. Un día, mientras deambulábamos por las calles de Nueva York, Vonnegut se volvió y me dijo: «¿Sabes una cosa, Dan? Nosotros nunca tuvimos que abandonar el hogar para ser escritores, pues allí hay tanta gente tonta, lista, buena o mala como en cualquier otro rincón del mundo». Estaba orgulloso de la educación recibida en el instituto de Shortridge, donde había trabajado para el periódico escolar, *The Daily Echo*, como al cabo de una década hice yo también. Cuando un entrevistador le preguntó «¿de dónde saca usted ideas tan radicales?», Kurt le respondió, orgulloso y sin dudarle: «De la escuela pública de Indianápolis».

Vonnegut ayudó a sus congéneres sirviendo, por ejemplo, en el Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Alplaus (Nueva

York), donde vivió mientras trabajaba para la General Electric. Cuando residía en Barnstable, en Cape Cod, Kurt y su esposa Jane organizaban cursos sobre «grandes libros» dirigido a sus vecinos (como había pertenecido a la fraternidad Phi Beta Kappa de Swarthmore, Jane lo obligó a leer *Los hermanos Karamazov* durante la luna de miel). Cuando se trasladó a Nueva York se involucró a fondo en el PEN Club, del que llegó a ser vicepresidente, para luchar por los derechos de todos los escritores del mundo.

Si tu destino no es vivir y trabajar en una gran ciudad o en el extranjero, para Vonnegut resultaba igual de importante y admirable servir a los demás en el sitio donde estás y sentirte satisfecho por pequeño o banal que ese lugar pueda parecerle al resto del mundo. Cuando su amigo Jerome Klinkowitz, profesor y crítico literario, le pidió consejo sobre si debía trasladarse desde una pequeña universidad de Iowa a un centro más prestigioso de la Costa Este, Vonnegut le escribió: «Estoy convencido de que se te valora y se te necesita enormemente donde ahora estás. Eso debería satisfacerte. Si te trasladas al Este, tal vez tu vida te resulte mucho menos propia». Klinkowitz siguió la recomendación y al cabo de unos años me dijo: «Es el mejor consejo que me han dado jamás».

Tanto en sus charlas como en sus libros, relatos y ensayos, Vonnegut suele decir algo que, según él, casi todos nosotros necesitamos oír «con desesperación»: «Siento y pienso lo mismo que vosotros, me preocupan las mismas cosas que a vosotros, esas cosas que no le importan a la mayoría de la gente. No estáis solos».

Los textos que aquí aparecen son charlas dirigidas a licenciados universitarios excepto una conferencia dada en la

Asociación para las Libertades Civiles de Indiana y el discurso con que aceptó el Premio Literario Carl Sandburg; lo que Vonnegut tiene que decir en ambos casos resulta tan relevante para los jóvenes como sus palabras para los graduados.

Éste es el mensaje que envió al presidente de la Junta Escolar de Drake, en Dakota del Norte, quien no sólo había prohibido su novela *Matadero Cinco*, sino que también, por si las moscas, había quemado varios ejemplares en la caldera del instituto:

Si se hubiese tomado la molestia de leer mis libros, como hacen las personas educadas, habría visto que no se centran en el sexo y que no defienden ningún tipo de salvajismo. Mis obras procuran que la gente sea más buena y responsable de lo que acostumbra a ser. No negaré que algunos personajes se expresan de forma grosera. Ello se debe a que la gente habla así en la vida real. Sobre todo, los soldados y los que ejercen los trabajos más duros, cosa que saben hasta nuestros infantes más protegidos. Y también sabemos todos que esas palabras, en realidad, no hacen mucho daño a los niños. No nos lo hicieron a nosotros cuando éramos jóvenes. Lo que nos dañó fueron las maldades y las mentiras.

Vonnegut fue uno de los narradores más sinceros de nuestra época. Por eso no encontraréis falsedad en sus consejos

Dan Wakefield

BACHILAUREADO

A ver esas manitas, por favor.
¿Cuántos de vosotros habéis tenido un maestro,
en cualquier fase de vuestra educación,
entre el primer grado y este día de mayo,
que os haya hecho más felices de estar vivos,
más orgullosos de vivir,
de lo que hasta entonces habíais creído posible?

¡Bien!

Ahora decidle el nombre de ese maestro
a alguien
sentado o de pie junto a vosotros.

¿Ya está?

Pues gracias, conducid con precaución hasta casa
y que Dios os bendiga a todos.

1. Cómo ganar dinero y hallar el amor

Freedonia College, Freedonia (Nueva York), 20 de mayo de 1978

Juzgando que esa información es insuficiente, Vonnegut explica por qué nos reímos con los chistes, por qué nos sentimos tan solos y por qué el año tiene seis estaciones en vez de cuatro.

La portavoz de la clase acaba de decir que está hasta las narices de oír esto: «Me alegro de no ser joven en esta época». Lo único que puedo yo añadir al respecto es que me alegro de no ser joven en esta época.

El decano de la facultad quería evitar todo elemento negativo al despedirse de vosotros, así que me ha pedido que os comunique lo siguientes: «Quienes aún tengan pendiente de pago la factura del aparcamiento deberán abonarla antes de abandonar el recinto si no quieren arriesgarse a que sus notas sean víctimas de extraños fenómenos».

Cuando yo era muchacho en Indianápolis había un humorista llamado Kin Hubbard. Cada día escribía unas líneas para el *Indianapolis News*. Indianápolis necesita todos los humoristas disponibles. Muy a menudo, Hubbard resultaba tan ingenioso como Oscar Wilde. Decía, por ejemplo, que la Ley Seca era mejor que la carencia absoluta de alcohol. También que cualquier cosa parecida a la cerveza sin ser cerveza merecía ser tomada en consideración.

Supongo que las cosas de veras importantes ya os las han

enseñado aquí a lo largo de los últimos cuatro años y que no necesitáis grandes enseñanza de mí, hecho que me alegra. En esencia, lo único que debo agregar es: se acabó, la infancia ha terminado definitivamente. «De verdad lo siento», como solía decirse durante la guerra de Vietnam.

Tal vez hayáis leído la novela de Arthur C. Clarke *El fin de la infancia*, una de las escasas obras maestras que ha dado la ciencia ficción. Las otras las he escrito yo. En la novela de Clarke, los personajes sufren espectaculares cambios evolutivos. Los niños llegan a ser muy distintos de sus padres, menos físicos, más espirituales... hasta que un día forman una especie de columna lumínica que se extiende por el universo con una misión desconocida. Ahí termina la novela. Pero vosotros, veteranos, os parecéis mucho a vuestros padres y dudo que os vayáis radiantemente al espacio en cuanto os den el diploma. Lo más probable es que volváis a Buffalo, a Rochester, a Quogue Este... o a Cohoes.

Y supongo que todos querréis dinero y amor del bueno, entre otras cosas. Os voy a decir cómo se gana dinero: trabajando duro. Os voy a contar cómo se obtiene amor: llevando ropa chula y sonriendo todo el rato. Y aprendiendo la letra de las últimas canciones.

¿Qué otros consejos os puedo dar? Comed mucho salvado, que incrementa el poder de cualquier dieta. El único consejo que yo recibí de mi padre fue: «No te metas nunca nada en la oreja». Los huesos más finos del cuerpo están allí, ¿sabéis?, y también el sentido del equilibrio. Si andáis tonteando con las orejas no sólo podéis acabar sordos, sino que además os caeréis a todas horas. Así pues, dejad en paz vuestras orejas. Están muy bien como están.

No matéis a nadie aunque en el estado de Nueva York no esté en vigor la pena de muerte.

Y poco más puedo decir.

Hay una posibilidad opcional consistente en advertir que las estaciones del año no son cuatro sino seis. La poesía de las cuatro estaciones es absolutamente superflua en esta parte del planeta, lo cual puede explicar por qué pasamos tanto tiempo deprimidos. Vamos a ver, la primavera casi nunca parece primavera, noviembre no encaja con el otoño y así sucesivamente. Ahí va la verdad sobre las estaciones: ¡la primavera es mayo y junio! ¿Hay algo más primaveral que mayo y junio? El verano es julio y agosto. Un calor del copón, ¿verdad? El otoño es septiembre y octubre. ¿Veis las calabazas? Oled esas hojas ardientes. Luego viene la estación conocida como «cierre», que es cuando la naturaleza baja la persiana. Noviembre y diciembre no son invierno, son cierre. Luego viene el invierno, enero y febrero. ¡Menudo frío, jovencitos! ¿Y luego qué viene? La primavera no, sino la «apertura». ¿Qué es, si no, el mes de abril?

Otro consejo de carácter opcional: si alguna vez tenéis que pronunciar un discurso, empezad con un chiste (suponiendo que sepáis alguno). Yo llevo años buscando el mejor chiste del mundo y creo que ya lo he encontrado. Os lo contaré, pero tenéis que ayudarme. Vosotros tenéis que decir «no» cuando yo levante la mano así. ¿De acuerdo? Pues no me defraudéis.

¿Sabéis por qué la nata es mucho más cara que la leche?

PÚBLICO: No.

Porque las vacas deben acucillarse sobre unas botellitas más pequeñas.

Es el mejor chiste que conozco. Hubo una época, cuando trabajaba para la General Electric Company en Schenectady,

en que hube de redactar discursos para los mandos de la empresa. El chiste de las vacas y las botellitas lo colé en un discurso para un vicepresidente. El hombre iba leyendo y nunca había oído ese chiste. No podía dejar de reír y, al final, lo tuvieron que sacar del estrado porque le sangraba la nariz. A mí me despidieron al día siguiente.

¿Cómo funcionan los chistes? El comienzo de los buenos te obliga a pensar. Somos unos animales muy serios. Cuando os pregunté por la nata no pudisteis evitarlo y os pusisteis a buscar una respuesta sensata. ¿Por qué cruza la carretera un pollo? ¿Por qué llevan tirantes rojos los bomberos? ¿Por qué enterraron a George Washington en la ladera de una colina?

La segunda parte del chiste demuestra que nadie espera que pienses, pues nadie anhela oír tu maravillosa respuesta. Estás tan aliviado al conocer a alguien que no te exige inteligencia alguna que te ríes de alegría.

De hecho he diseñado este discurso con la intención de permitir os ser tan idiotas como queráis, sin presiones ni castigos de ningún tipo. Incluso he escrito para la ocasión una canción francamente ridícula. Le falta la música, pero también es verdad que estamos hasta el cuello de compositores: seguro que aparece alguno. La letra dice así:

Adiós a los maestros y a la pulmonía.
Si averiguo dónde hay algarabía
te llamo cuando acabe el día.
Es tan grande mi amor, amada Sonia
que te voy a regalar una begonia
comprada en una tienda de Polonia.

¿Lo veis? Ya estabais pensando en la siguiente rima. A nadie le importa lo listos que seáis.

Hago el payaso porque me dais mucha pena. Os compadezco enormemente. La vida volverá a ser durísima en cuanto esto termine, y el pensamiento más útil al que nos podemos agarrar cuando todo vuelva a resultar horrible es éste: pese a lo que algunos quieren hacernos creer, no somos miembros de distintas generaciones, tan diferentes como los esquimales de los aborígenes australianos. Estamos tan cerca unos de otros en el tiempo que deberíamos considerarnos hermanos y hermanas. Yo tengo bastantes hijos (siete, para ser exactos), que, sin duda alguna, son muchos para un ateo. Cada vez que mis hijos lamentan el estado del planeta, yo les digo: «¡A callar, que yo también soy un recién llegado! ¿Pero quién os creéis que soy? ¿Matusalén? ¿Pensáis acaso que las noticias del día me gustan más que a vosotros? Pues os equivocáis».

Todos experimentamos más o menos lo mismo.

¿Qué quiere la gente un poco mayor de la gente un poco menor? Pues cierto respeto por haber sobrevivido durante tanto tiempo (a menudo de forma imaginativa) en condiciones difíciles. Las personas levemente jóvenes se resisten de manera intolerable a mostrar ese respeto.

¿Qué quieren los ligeramente menores de los ligeramente mayores? Más que ninguna otra cosa, diría yo, quieren reconocimiento, no tener que esperar a que se los considere hombres y mujeres de pleno derecho. La gente un poco más vieja se resiste de manera intolerable a ese reconocimiento.

En consecuencia asumo la responsabilidad personal de considerar hombres y mujeres a quienes están a punto de

graduarse. Nadie debe volver a tratarlos como a niños. Ni ellos deben comportarse como tales. Nunca más.

Eso es lo que conocemos como «rito de paso».

Soy consciente de que llega con cierta demora, pero más vale tarde que nunca. Toda sociedad primitiva debidamente estudiada tiene ritos de paso en que los niños dejan de serlo para convertirse en mujeres y hombres. Algunas comunidades judías todavía se mantienen fieles a esas viejas prácticas, muy beneficiosas en mi opinión, pero sociedades tan ultramodernas y masivamente industrializadas como la nuestra tienden a prescindir de esas ceremonias... A no ser que consideremos un rito lo de sacarse el carné de conducir a los dieciséis. Si queréis entenderlo así pensad que el contrato incluye una cláusula francamente inusual: un juez os puede devolver a la pubertad aunque seáis tan viejos como yo.

Otra vivencia del macho americano y europeo que puede contemplarse como rito de paso es la guerra. Cuando el varón regresa de la batalla, sobre todo si lo hace gravemente herido, todo el mundo coincide en que ese chico está hecho un hombre. Cuando llegué a Indianápolis tras pasar la Segunda Guerra Mundial en Alemania, un tío mío me dijo: «Caramba, ahora sí que pareces un hombre». Me entraron ganas de estrangularlo. Caso de haberlo hecho se habría convertido en el primer alemán que me cargaba. Yo ya era un hombre antes de partir a la guerra, pero él no pensaba reconocerlo jamás.

Permitidme sugerir que la eliminación de los ritos de paso entre los jóvenes varones es un plan diseñado, de forma tan astuta como inconsciente, para que a esos jóvenes les entren ganas de ir a la guerra, por terrible o injusta que ésta sea.

También hay guerras justas, por supuesto. Y aquélla a la que yo tenía tantas ganas de apuntarme resultó serlo.

¿Cuándo deja una hembra de ser una niña para convertirse en mujer, con todos sus derechos y privilegios? Todos conocemos de sobra la respuesta: cuando tiene un hijo. Dentro del matrimonio, claro está. Si el primer bebé nace fuera de la unión conyugal, sigue siendo una niña. ¿Qué podría resultar más sencillo, más natural y más obvio? O en nuestros días, en esta sociedad, más injusto, irrelevante y francamente estúpido.

Creo que deberíamos reinstaurar los ritos de paso por nuestra propia seguridad.

Pero no sólo os proclamo mujeres u hombres hechos y derechos a quienes estáis a punto de graduación. Con todos los poderes que me han sido otorgados, también os declaro auténticos clarks. Como casi todos sabréis, digo yo, los blancos llamados Clark descienden de indígenas británicos especialmente notables por saber leer y escribir. Un negro llamado Clark, evidentemente, descendería con toda probabilidad de alguien obligado a trabajar, sin sueldo ni derechos de ningún tipo, para un blanco llamado Clark. Interesante familia, los Clark.

Sé bien que vosotros, ¡oh graduados!, lo sois en alguna especialidad, pero recordad que habéis pasado la mayor parte de los últimos quince o dieciséis años aprendiendo a leer y escribir. Las personas que, como vosotros, saben hacer bien esas dos cosas son genuinos milagros y, en mi opinión, nos permiten sospechar que tal vez sean entes civilizados. Es tremendamente difícil aprender a leer y escribir. Puede ser la tarea de toda una vida. Cuando reprendemos a los maestros

de escuela por el bajo nivel de lectura de nuestros estudiantes actuamos como si enseñar a leer y escribir fuera el empeño más sencillo del mundo. Intentadlo alguna vez y comprobareís que es casi imposible.

¿De qué sirve ser un Clark cuando disponemos de ordenadores, cine y televisión? El clarkeo, una empresa de lo más humana, es sagrado. La maquinaria no. Clarkear es la forma de meditación más profunda y eficaz que se practica en este planeta: supera de lejos cualquier sueño experimentado por un santón indio en la cima de una montaña. ¿Por qué? Pues porque los clarks, a base de leer bien, pueden acceder al pensamiento de las mentes humanas más sabias e interesantes de la historia. Cuando los clarks meditan, aunque dispongan de intelectos más bien mediocres, lo hacen con el entendimiento de los ángeles. ¿Y qué puede haber más sagrado que eso?

Basta ya de clarkeos y ritos pubescentes. Sólo me queda considerar dos materias de gran trascendencia: la soledad y el aburrimiento. Da igual la edad que tengamos ahora: nos aburriremos y nos sentiremos solos durante el resto de nuestras vidas.

Nos sentimos muy solos porque no tenemos suficientes amigos o parientes. Se supone que los seres humanos deben vivir en familias estables compuestas por cincuenta o más personas con ideas bastante comunes.

Vuestra portavoz lamentaba el descrédito de la institución conyugal en este país. El matrimonio se hunde porque nuestras familias son demasiado chicas. Un hombre no puede encarnar para una mujer a la sociedad entera y una mujer no puede representar para un hombre a esa misma sociedad

de pies a cabeza. Lo intentamos, pero no sorprende lo más mínimo ver cómo la mayoría de nosotros fracasa.

Así pues, recomiendo a todos los aquí presentes unirse a todo tipo de organizaciones, por ridículas que parezcan, con el único objetivo de sumar más individuos a su existencia. Da igual que los miembros de esos grupos resulten ser unos merluzos. Lo que necesitamos es un buen pelotón de conocidos sea cual sea la índole de éstos.

Y ahora pasemos al aburrimiento. Friedrich Wilhelm Nietzsche, un filósofo alemán fallecido hace setenta y ocho años, sentenció lo siguiente: «Contra el aburrimiento hasta los dioses pelean en vano». Se supone que debemos aburrirnos. Forma parte de la vida. Aprended a soportarlo o, de lo contrario, nunca estaréis a la altura del honor que ya he concedido a esta promoción: ser mujeres u hombres hechos y derechos.

Me acerco al final señalando cómo la prensa, cuyo trabajo consiste en saberlo y entenderlo todo, considera a menudo que los jóvenes son algo apáticos (tiende a suceder cuando al polemista o comentarista de turno no se le ocurre nada mejor que decir o escribir). A cada nueva generación de graduados siempre le falta una vitamina, o puede que un mineral, tal vez hierro. Tienen la sangre gorda. Necesitan Geritol. Pues bien, como miembro de una generación prestigiosa, chispeante y decidida, permitidme que os diga qué nos mantuvo en las alturas de las cometas durante casi todo el tiempo: el odio. Me he pasado la vida odiando a gente, de Hitler a Nixon, aunque ya sé que no son comparables en su perfidia. Quizá sea una tragedia que los seres humanos puedan extraer tanta energía y tanto entusiasmo del odio. Si queréis sentir

que medís tres metros y podéis correr doscientos kilómetros sin descansar, el odio os resultará mucho más efectivo que la cocaína. Hitler resucitó a una nación humillada, arruinada y famélica a base de odio y nada más que odio. Pensad en ello.

Por consiguiente no tengo la impresión de que los jóvenes norteamericanos de hoy padezcan una abulia o una indolencia singulares: eso sólo se les ocurre a quienes tienen por costumbre acceder al éxtasis por la vía del odio; entre otras vías, claro está. Los miembros de vuestra promoción no son especialmente letárgicos, indiferentes o apáticos, sólo intentan experimentar una vida sin odio. El odio es la vitamina o el mineral que falta en su dieta, pues han inferido atinadamente que ese sentimiento es, a la larga, tan nutritivo como el cianuro. Hacen muy bien comportándose así, y yo les deseo lo mejor.